

LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN EN PRAGA

THE FALL OF THE BERLIN WALL IN PRAGUE

Petr ZAVADIL
Periodista y traductor

Resumen: Este texto es, en gran parte, una reminiscencia personal de los últimos años del régimen comunista en lo que se conocía bajo el nombre de Checoslovaquia. Mi objetivo es mostrar algunas de las brechas que condujeron al derrumbe del Muro de Berlín. Estas brechas se notaban en casi todos los aspectos de la vida cotidiana. Sin embargo, el texto también trata de señalar que el legado del régimen comunista no desapareció con la Revolución de Terciopelo del noviembre 1989. Por ejemplo el lenguaje, sometido por cuatro décadas a una propaganda brutal, sigue llevando sus cicatrices hasta hoy. Esta lengua lisiada es la que utilizamos hoy para pensar el mundo y nuestro lugar en éste, y condiciona también nuestra percepción de la Unión Europea. La entrada de la República checa en la UE se comprende aquí como el punto culminante de la evolución histórica empezada en 1989.

Palabras clave: República checa, comunismo, 1989, cotidianidad, lenguaje, Unión Europea.

Abstract: This text is mostly a personal recollection of the last years of communist rule in what was known as Czechoslovakia. My aim is to show some of the fissures that led to the crumbling of the Berlin Wall. These fissures were noticeable in almost every aspect of everyday life. Nonetheless, the text also tries to hint that the legacy of the communist rule was not wiped off by the Velvet Revolution of November 1989. For instance, the language, submitted for four decades to a brutal propaganda, bears until now its scars. This mutilated language is the one we use to think about the world and our place in it, and is one of the conditions of our perception of the European Union. Czech membership in the EU is perceived here as the flash point of the historic evolution started by the 1989 events.

Key words: Czech Republic, 1989, everyday life, language, European Union

Sumario: 1. LA COTIDIANIDAD DEL DECLIVE. 2. EL RAPTO DE LA LENGUA. 3. PERCEPCIÓN DE LA UNIÓN EUROPEA. 4. Referencias bibliográficas.

De todos los países comunistas, antiguos satélites de la Unión soviética, Checoslovaquia habrá sido uno de los últimos a hacer caer el régimen después de 40 años de poder totalitario. En Polonia el movimiento de oposición Solidarnosc ya llevaba meses en el poder después de haber ganado las elecciones del verano de 1989. La frontera entre Hungría y Austria ya estaba abierta. Y en septiembre los checos vieron, atónitos, desfilar miles de Alemanes de la RDA que tomaban el camino del Oeste democrático pasando por la embajada de la RFA en Praga. El 9 de noviembre cayó el muro de Berlín. Sin embargo, los dirigentes comunistas checoslovacos todavía seguían soñando con guardar su posición privilegiada. Un sueño que no tardó en interrumpirse. Después de la marcha de los estudiantes el 17

de noviembre, brutalmente reprimida, cientos de miles de checos y eslovacos salieron a la calle. La llamada Revolución de Terciopelo se puso en movimiento, y ya no hubo marcha atrás.

1. LA COTIDIANIDAD DEL DECLIVE

En 1989 tenía catorce años. A horcajadas entre la niñez y la adultez, es una edad que permite ya comprender muchas cosas. Antes, de pequeño, el comunismo de estado me parecía ser un hecho indiscutible, el único sistema que pude conocer, y sus aberraciones se resumían a aprender ruso obligatoriamente, a ver obligatoriamente, por televisión, con todos mis compañeros de clase, el entierro del presidente soviético Leonid Brezhnev, o a montar guardia al lado de los monumentos dedicados a los héroes comunistas de la segunda guerra mundial, en traje de pionero, o sea de miembro de la juventud comunista. Ser miembro también era casi obligatorio. Si uno no quería entrar, había que dar explicaciones, o mejor dicho los padres tenían que dar explicaciones, en reuniones muy desagradables, y poco importaban las razones.

Sin embargo hubo indicios, y pronto brechas en el bloque monolítico del pensamiento único autorizado por el único partido. Nos dábamos cuenta de que los maestros del ruso eran casi siempre los más odiados por ser incompetentes y presumidos. En los campeonatos de hockey sobre hielo lo más importante no era ganar la medalla de oro, sino ganar al equipo de la Unión soviética. Se contaban chistes poco ortodoxos. Estas cosas suscitaban preguntas en las mentes adolescentes, y los subsiguientes silencios de nuestros padres – cuándo les hacíamos estas preguntas – abrían las brechas un poco más.

En la escuela nunca aprendimos que el famoso Brezhnev ordenó en 1968 la ocupación militar de nuestro país por no seguir la línea dura del comunismo, ocupación que costó la vida a casi 140 personas. Nunca aprendimos que al heroísmo de los soldados soviéticos durante la segunda guerra mundial era precedido por el infame pacto Molotov-Ribbentrop. Sí aprendimos sobre los éxitos de la llamada “colectivización”. Era el eufemismo con el que nuestros libros de historia escolares definían el robo de la propiedad privada en los años cincuenta cuando se confiscaban por fuerza las tierras agrícolas y los animales domésticos a los agricultores que trabajaron duramente para llegar a obtener cierta fortuna.

Cuando aprendía mi lección de historia sobre la colectivización, fui a ver a mi madre para pedirle que me examinara. Nunca olvidaré su mueca de disgusto, y casi de odio. Sólo entonces me di cuenta de que entre las víctimas de esa famosa colectivización se encontraban mis abuelos. De que un buen día, poco después del golpe comunista, llegaron los vecinos y se llevaron las vacas, las cabras, hasta los utensilios de trabajo de mi abuelo, al que forzaron posteriormente a trabajar en una fábrica.

Poco después mi padre puso en mis manos *El libro de la risa y del olvido* de Milan Kundera. Sus primeras páginas cuentan la historia de una fotografía famosa

del golpe de estado comunista del febrero de 1948. En ella aparece el dirigente histórico del partido Klement Gottwald anunciando su toma del poder desde un balcón, rodeado de sus compañeros de ruta. Sin embargo, en la foto oficial, a su lado hay un vacío extraño. Este vacío corresponde a Vladimír Clementis, uno de los colaboradores más próximos de Gottwald, que éste dejó ejecutar en 1952 durante un proceso político inspirado en las purgas estalinistas. No contentándose de quitarle la vida, los comunistas decidieron de borrarle también de los manuales de historia y de las fotografías. La lectura de esas páginas habrá sido decisiva en mi toma de conciencia.

Estas brechas en mi percepción personal de lo que era el comunismo iba acompañada, sin que yo lo sepa, de brechas mucho más importantes a nivel de la sociedad. El período gris de la mal llamada "normalización" que empezó en 1968 significó una erosión del bloque monolítico, poco a poco carcomido por dentro. El mercado negro, la escucha de radios extranjeras que los órganos represivos no lograban perturbar, y otros fenómenos que podían anunciar un declive, llegaron a formar parte de la vida cotidiana, añadiéndose a los andamios, omnipresentes en las calles, a las muecas desagradables de los camareros, a la escasez puntual de alguna que otra mercancía básica.

2. EL RAPTO DE LA LENGUA

La realidad de los últimos años del experimento comunista iban acompañados por un fenómeno insólito, inventado unas décadas antes por el escritor visionario británico George Orwell, y puesto en práctica por los poderes totalitarios en la Europa del Este: la *novlengua*, o sea el lenguaje, vaciado de su significado original, instrumento alevoso, ya que de uso cotidiano, del poder, lo que los franceses llaman *la langue de bois*. La manera en que el lenguaje oficial, poco a poco impuesto en la vida normal, sirvió a confortar el poder, las estructuras internas de este lenguaje, sus planteamientos aberrantes, pocas veces han sido rigurosamente analizados. Lo hizo excepcionalmente, con el discurso nazista, Victor Klemperer en su libro *LTI: la lengua del Tercer Reich*. Con el discurso del comunismo checo lo hizo el escritor Petr Fidelius en su obra *La lengua del poder comunista*, en la que parte de su profunda convicción de que la mejor manera de llegar a conocer el poder totalitario es escuchar lo que él mismo dice, y cómo lo dice. Porque la lengua siempre trasciende a quien la usa, lo que impide, hasta a la propaganda totalitaria, una mentira total. La lengua traiciona las intenciones.

Sin embargo, para poner en evidencia esta mentira, no hay que subestimar la propaganda. Hace falta un estudio riguroso de sus mecanismos, que sirven a su propia justificación, y cuyo objetivo no es convencer al otro, sino paralizar su capacidad de pensar por sí mismo. Las consecuencias de este proceso se perciben en la lengua hasta hoy día, treinta años después de la caída del poder comunista.

Hasta hoy día existen palabras que nunca han recobrado su vigencia, su significado original. Más arriba mencioné la "colectivización", uno de los muchos eufemismos utilizados por la propaganda oficial. Pero a la misma palabra

“colectivo”, es imposible pensarla, en nuestra percepción, sin la carga adicional del contexto histórico. El “colectivo” de trabajo fue la fórmula mágica que aparecía en las valoraciones de los empleados: participa/no participa activamente en el colectivo de trabajo; popular/impopular en su colectivo de trabajo etc. La palabra “colectivo” conlleva pues, desde entonces, un matiz contextual peyorativo que no se merece.

Lo mismo se puede decir, aun con más firmeza, de la palabra “compañero”. Una de las más usadas en la época totalitaria ya que era la salutación obligada que casi ha desalojado del lenguaje popular las saluciones tradicionales de señora/señor. Los dirigentes del país no eran *señores ministros* sino *compañeros ministros*. En la escuela, la manera que se nos imponía para llamar a la maestra era, por supuesto, *compañera maestra*. El uso ad nauseam de esta palabra, su repetición mecánica ininterrumpida, la vació completamente de su significado. Hoy mismo, ésta se reduce a su connotación histórica, y la palabra se utiliza exclusivamente para denominar a los miembros del partido comunista, siempre existente, o a los simpatizantes de la ideología comunista. En los dos casos, la palabra tiene una carga peyorativa e irónica.

Para un traductor, esta pérdida del significado original, que persiste en el lenguaje checo, complica considerablemente su tarea. En español (con la excepción obvia del español cubano), la palabra *compañero* sigue teniendo su significado positivo de amigo, de alguien que acompaña, apoya, tiene una presencia tranquilizadora. Sin embargo, en checo siempre hay que recurrir a algún sinónimo, nunca perfecto, ya que la palabra *compañero* llevaría el texto inmediatamente a un contexto absurdamente ajeno.

Por estas mismas razones lingüísticas, la labor de los sindicalistas checos viene debilitada, tres décadas después de la caída del muro, por el hecho de que los sindicatos eran una de las piedras angulares del sistema comunista. Hay algo vergonzoso en considerarse sindicalista, en *llamarse* sindicalista. A veces da la impresión de que en el contexto checo sería bienvenida una palabra nueva para denominar a los que defienden los derechos de los trabajadores, para vigorar su acción.

Insisto en el lenguaje no solamente por ser mi instrumento de trabajo cotidiano, sino justamente por el hecho de que la caída del muro no llegó totalmente a derribar el sistema totalitario de la lengua que condiciona nuestra manera de pensar el mundo, la historia o nuestras relaciones con otras personas, otros países, con las instituciones o con las grandes ideas y proyectos internacionales entre los que destaca el proyecto de la integración europea que reúne en un organismo a una antigua dictadura militar conservadora que es España con las antiguas dictaduras comunistas.

3. PERCEPCIÓN DE LA UNIÓN EUROPEA

Compartiendo un poco de mi historia personal quería insistir en el hecho de que formo parte de la última generación checa que se acuerda personalmente de lo

que era el comunismo, su versión cotidiana, su „nada“ cotidiana en palabras de la escritora cubana Zoé Valdés. A lo mejor la última generación para la que sigue siendo importante recordar los hechos sucedidos hace treinta años que acabaron con la pesadilla. Esto condiciona nuestra manera de pensar no solamente la historia sino también por ejemplo nuestra percepción de la Unión europea y de nuestro futuro. En 1989 nos considerábamos – justamente – ganadores de la historia y no teníamos ninguna compasión para con los perdedores. A lo mejor por eso no estamos dispuestos ni bien preparados a comprender algo de lo que está pasando hoy, 30 años después.

Integramos la Unión europea en el año 2004 llenos de ilusiones. Esto empezaba con nimiedades como el hecho de poder viajar a Londres sin pasaporte, y continuaba con programas para estudiantes, intercambios culturales o grandes inversiones y apoyos financieros por parte de las instituciones europeas. La integración europea habrá sido para nosotros el punto culminante de todo el período poscomunista, la garantía definitiva de que el proceso democrático en nuestro país no era invertible.

Habrà sido una de las ilusiones históricas necesarias. Los datos son despiadados. La República checa es hoy en día uno de los países miembros de la Unión europea con menos confianza en sus instituciones. Según el eurobarómetro del verano 2019, sólo un 36 por ciento de los checos hace confianza a la Unión europea, el 55 por ciento desconfía. Para nosotros, los que aprovechamos de nuestra entrada y los que tenemos siempre presente en nuestras mentes el largo camino que hicimos desde 1989, no acabamos de entender estas cifras. Hay muchas razones para ellas. Me gustaría aventurarme con una: los europeístas checos tendemos a pensar que, a pesar de todas las dificultades, incomodidades, molestias o discordias que representa hoy la Unión europea, estamos mucho mejor que antes porque nos acordamos de la brutalidad y represión del antiguo régimen. Sin embargo, son treinta años ya, y a los perdedores del año 1989 que nunca aceptaron su derrota y siempre se oponían a la dirección tomada por los nuevos líderes, van sumándose nuevas generaciones para las que el espectro comunista no significa nada, o muy poca cosa. Para ellos hay nuevos retos, más inmediatos, más peligrosos, más importantes como los cambios climáticos, la migración o la desigualdad social.

Ni el anticomunismo, y por ahora parece que ni el europeísmo, les ofrecen respuestas satisfactorias. Mientras que para nosotros es importante recordar cada 17 de noviembre la manifestación que acabó con el comunismo en nuestro país, para los más jóvenes esta importancia se va perdiendo. Según una encuesta reciente un tercio de checos menores de 30 años no sabe qué se conmemora el 17 de noviembre. Y un 57 por ciento de todos los checos piensa que no hace falta emplearse a estudiar esta etapa de la historia checa, y que hay que empezar a solucionar los problemas actuales.

Los números dicen lo que queremos que digan. Y no me cabe duda de que la lengua de las democracias occidentales también tiene sus mecanismos de propaganda, menos directos y brutales que los del poder totalitario, pero eficientes, hasta cuando habla de los acontecimientos históricos capitales del año 1989.



También por eso tengo la profunda convicción de que es importante volver a ellos una y otra vez, y tratar de averiguar en qué nos ayudan a comprender lo que somos hoy.

4. Referencias bibliográficas

Petr Fidielis, (2016): *Řeč komunistické moci* (La lengua del poder comunista), Triáda.

Victor Klemperer, (2003): *LCl: jazyk Třetí říše* (LTI: la lengua del Tercer Reich), H+H.

George Orwell (2015): *1984*, Argo.

Milan Kundera (1981): *Kniha smíchu a zapomnění* (El libro de la risa y del olvido), '68 Publishers.